*V*ecindario *P*sintar | Yasser A. Chavez

By Vincent van Gogh

Para todos aquellos niños y jóvenes de Puerto Vallarta
que no se fragmentaron y abrazaron las mil almas
que habitan en su interior, como aquel niño que
se lanza sobre los dulces que caen de la piñata

Vecindario Psintar

Yasser A. Chavez

Indice

Prólogo | 7
Capítulo I: Un problema sin solución | 9
Capítulo II: El desfile | 16
Capítulo III: Una visita de otro mundo | 23
Capítulo IV: El plan | 29
Capítulo V: A una cinta de distancia | 36
Capítulo VI: Cazando al zorro | 43
Capítulo VII: Interpretes del corazón | 50
Capítulo VIII: Editorial Babil | 56

Prólogo

1, 4, 10, 20, 35, 56, 84, 120, 165, 220, 286, 364, 455, 560, 680, 816, 969, 1140, 1330, 1540, 1771, 2024, 2300, 2600, 2925, 3276, 3654, 4060, 4495, 4960, 5456, 5984, 6545, 7140, 7770, 8436, 9139, 9880, 10660, 11480, 12341, 13244, 14190, 15180...

Capítulo I
Un problema sin solución

Era un día cálido en Puerto Vallarta, y en el aire estaban las notas de la sinfonía que el mar le regalaba a todo aquel que se encontrara cerca, haciendo que Yamil, desde el patio de la escuela, pudiera sentir su presencia aun cuando lo distanciaban centenares de metros.

—Hay que entrar —dijo Yamil, mirando al profesor de matemáticas acompañado por un joven a lo lejos del pasillo—. Que ya viene el profesor —añadió, mirando a José.

El joven que acompañaba al profesor había redactado y enviado el siguiente correo días atrás:

Asunto: Propuesta de clase voluntaria

Para: sec.dr.gabrielcarrasco@correo.com

Estimada Secundaria Nº 69 Doctor Gabriel Carrasco,

Me dirijo a ustedes para ofrecer una clase voluntaria basada en mi texto adjunto:
Secuencias Numéricas: Patrones y Relaciones.pdf

Quedo atento a cualquier respuesta, en caso de que encuentren algo de valor en mi texto.

El profesor aceptó, a pesar de que el joven carecía de formación pedagógica o universitaria, pues vio en él un entusiasmo y una curiosidad genuina por la enseñanza. Por eso, lo citó el segundo día de clases, un día perfecto ya que no entorpecería la dinámica escolar.

El joven escribió en el pizarrón la siguiente suma:

$$1 + 2 + 3 + 4 + \ldots + 100$$

—Tienen cinco minutos para resolver esta suma —dijo el joven, recorriendo la suma con el plumón—. Pueden usar cualquier método menos hacer uso de su calculadora.

Durante los cinco minutos, el joven no paraba de andar entre las butacas como pieza de ajedrez, mirando los múltiples caminos matemáticos que alguna vez él recorrió, e incluso nuevos se le revelaban por medio de los alumnos con almas deseosas de explorar el vasto mundo de los números.

Otros se daban por vencidos, como Elena, que dejó en blanco la hoja.

—El tiempo ha terminado —dijo el joven, mostrando el cronómetro—. Pasen adelante los que sí pudieron resolver la suma.

Entre los pocos alumnos que pasaron adelante estaba Isabel.

—Enséñales a tus compañeros cómo resolviste la suma —dijo el joven, entregándole el plumón.

Isabel, con plumón en mano, dejó escrito el siguiente desarrollo en el pizarrón:

$$\underset{\Downarrow}{(1+100)} + \underset{\Downarrow}{(2+99)} + \underset{\Downarrow}{(3+98)} + \ldots + \underset{\Downarrow}{(50+51)}$$

50 parejas

$$101 \qquad 101 \qquad 101 \qquad 101$$

$$101 \cdot 50 = 10^2 \cdot 50 + 50 = 5000 + 50 = 5050$$

Después que los alumnos fueron aplaudidos por sus desarrollos, el joven procedió a dar su solución a la suma, pero antes dio la siguiente narrativa introductoria:

«...Así que escondió una llave que abre la puerta que resguarda el mundo de los números, donde se atesoran los más grandes enigmas de las matemáticas.»

—Y así de sencillo llegamos a 5050 —dijo el voluntario, señalando el numero.

El salón, al ver el desarrollo visual del joven, que era fácil de seguir pues explotaba el patrón de los números impares ($1 + 3 + 5 + \ldots + 99 = 50^2$), por fin los alumnos que tenían dificultades con las matemáticas pudieron comprender.

Antes de terminar la clase, introdujo problemas de carácter más recreativo. Luego terminó con la tarea, que distaba del enfoque lúdico, y, como era habitual en él, cada nueva suma la introducía con un pequeño texto con los que iba tejiendo el mundo de los números.

La narrativa que acompañaba la tarea de la suma de los primeros n cuadrados desconcertó al grupo, evocando distintas emociones tanto en los alumnos que habían resuelto el problema como en los que no pudieron hacerlo. Dicha narrativa era la siguiente:

«En el mundo de los números suelen existir espirales en las que es fácil entrar, pero difícil salir. Solo aquellos que no tengan miedo de sumergirse en lo más profundo podrán descubrir los patrones ocultos que subyacen en ellas. Así podrán descifrar una y cada una de las infinitas espirales que esperan ser descubiertas.»

Los alumnos despidieron al joven voluntario entre aplausos y sonrisas. Mientras estaba a punto de retirarse, un alumno lo detuvo con una pregunta: "¿Dónde te podemos encontrar en el mundo de los números?" A lo que él contestó: "En el Sauce Mágico, querido explorador".

Sin saberlo, se había convertido en la primera persona en colocar el ladrillo inaugural de la catedral intelectual que los cuatro estudiantes continuarían construyendo. Y tristemente, nunca se volverían a encontrar con el joven, a pesar de que ellos eran, sin él saberlo, los alumnos cuya existencia había teorizado.

De camino a casa, Isabel intentó solucionar el problema. Una vez se adentró en la Isla Cuale —uno de sus lugares favoritos para hacer sus tareas antes de llegar a casa, un hábito que adquirió a consecuencia de tener como madre a una maestra—, se dio cuenta a los diez minutos de intentarlo: aquella no era cualquier tarea.

La secuencia 1, 4, 20, 35… la atormentó y le provocó un cuadro de estrés similar al polvo pica-pica adhiriéndose al sistema nervioso.

Tal cuadro le duró dos minutos, mientras intentaba relajarse echándose agua para proseguir con su trayecto a casa. Pero se detuvo a medio camino de la escalera para apreciar el río Cuale y la flora circundante, como si estuviera esperando a su alma, que aún seguía ardiendo en la banca.

Por su parte, Elena, que tiene un ordenador en casa, la resolvió con una simple búsqueda en el navegador, por lo que su día siguió como cualquier otro, revisando su FYP en busca de nuevas tendencias que hacer con Isabel.

La tarde transcurrió con tranquilidad en Puerto Vallarta: las gaviotas disfrutaban en la orilla del mar, y el voluntario disfrutaba de las gaviotas en el límite de la ciudad. El tono naranja del cielo le advirtió a José que ya era hora de hacer la tarea, por lo que se encaminó a casa de Yamil.

—¡Yamil! —gritó José, mirando al tejado que estaba cubierto por almendras y alguna pelota atorada.

Aquel grito regresó a la realidad a Yamil, que estaba sumergido en un documental histórico sobre el buceo. Ya sabía que se trataba de su amigo, por lo que fue por su libreta.

Yamil abrió la puerta y miró a José practicando: lanzaba una canica por la banqueta e intentaba impactarla con otra, pues esta noche se iba a disputar otro juego de canicas y quería la revancha.

—Hay que terminar rápido la tarea —dijo Yamil, abriendo la libreta en la página de la tarea—. Que esta noche te va a cargar el payaso —añadió, dándole unas palmaditas en la espalda a José.

—No creo —dijo José en tono de burla.

Después de 45 minutos de intentar resolver la suma, llegaron a la conclusión de que aquella tarea no era nada sencilla. En sus libretas, más que ver un desarrollo limpio y estructurado, parecía más una obra abstracta de números. En una de las libretas se podía ver la siguiente obra:

0 0 1 1
1 2 3 5
4 8 6 14
10 20 10 30
20 40 15 55
35 70 21 91
56 112 28 140
84 168 36 204

$2 \cdot \blacksquare + n(n+1)/2 = \blacksquare$

Aquella solución era correcta en su simbolismo, pero era demasiado abstracta para las matemáticas. Pero esto no les importó, porque la tarea ya estaba hecha y tenían la revancha por delante, donde los cuatro amigos se reunían afuera de la casa de José a jugar a las canicas.

Los dos combatientes empezaron a preparar el terreno: quitando piedras pequeñas, aplanando la tierra y haciendo el mítico hoyo con el pico de una piedra.

La modalidad que siempre jugaban era "Vivo-Herido-Muerto", la cual se gana impactando tres veces en la canica contraria. Para una mayor movilidad, pueden moverse una cuarta. La medida se obtiene de la línea recta que va desde el pulgar hasta el meñique.

—¿De a 50 canicas? —preguntó Yamil a José mientras iba seleccionando las más feas de su bolsa.

—Sí —respondió José mientras agarraba puños de canicas de su cubeta de helado.

La canica favorita de Yamil era 50% color blanco y el resto de colores, la cual llamaba "La Payaso". La de José era 100% negra, pero con hoyuelos por toda la superficie, algo que le daba el aspecto de la luna, por lo que decidió llamarle "Luna Muerta".

El juego progresó hasta tener a José con la oportunidad de dar otro impacto a "La Payasa", que estaba "herida".

—Mi abuela tiembla menos —dijo Yamil al ver a su contrincante temblar.

Se podía ver una risa nerviosa en José mientras calculaba la parábola.

Dispuesto a ganar, hizo un tiro bombeado, arriesgándose, pero a sorpresa de todos, logró impactar y con ello "Luna Muerta" logró vivir un día más.

—¡Muy fácil! Te tendré que dar más clases —dijo José, dando unas palmaditas a Yamil.

A lo lejos de la calle se podía ver a las dos amigas acercarse para proceder a incorporarse a la plática nocturna.

—Miren —dijo Yamil, formando un triángulo con las canicas similar al que dibujó el voluntario—. En total son 20 canicas. Me pregunto cuántas canicas caben en las pirámides de Egipto.

—No sé —dijo Elena—, pero seguro es un número tetraédrico y son lo de la tarea —añadió, mirando el celular.

—Esa tarea me dio dolor de cabeza —dijo Yamil, guardando las canicas en la bolsa.

El fantasma del bostezo hizo presencia en el cuerpo de los adolescentes, dando la señal de que ya era tarde, haciendo que este se disipara.

Isabel, acostada, no podía parar de pensar en aquel problema que la había estado atormentando todo el día. Ahora, con una imagen más potente —como las canicas formando un triángulo—, era más difícil no pensar en ello.

Tercer día de clases, diez minutos para la primera clase.

—¿Pudiste resolver la tarea de ayer? —preguntó Isabel.

—Sí, por suerte las fórmulas estaban en Wikipedia —respondió Elena.

—Lo malo es que no cuenta —dijo Isabel, mirando los árboles—, ya que el profesor no la tomará en cuenta para la calificación. ¿Vienes a mi casa a jugar Croissant? —añadió, sujetándole la mano con un gesto cálido.

—Sí —respondió Elena.

La esperada tercera clase de matemáticas inició y con ella el martirio de Isabel, que por primera vez se sentía extraña en la escuela debido a que por fin conoció las matemáticas de verdad: las que no entienden de tareas, sino de intuición, profundidad y paciencia.

—¡Pongan atención, jóvenes! —dijo el profesor, resolviendo la tarea.

Terminado el procedimiento, obtuvo la fórmula $n(n+1)(2n+1)/6$.

—Prefiero la mía —dijo Yamil, mirando la fórmula "Yamil-José".

La campana de la salida sonó, haciendo que los estudiantes salieran de los salones como avispas.

—¿Otras cincuenta canicas? —preguntó Yamil, mientras sostenía su refresco en una bolsa.

—Sí —respondió José—. Esta vez no usaré "Luna Muerta", te daré chance. Usaré "Escupitajo de Pulpo".

—Está bien —dijo Yamil—. Yo usaré "Pastel Colorido" —añadió mirando el llavero de Isabel, que se alejaba con paso veloz.

—Es el nombre que una niña usaría —dijo José, con tono de burla.

—Ya veremos quién gana esta vez —dijo Yamil.

Capítulo II
El desfile

Isabel, con lápiz en mano, volvería a atacar el problema. Ahora con la paciencia de no tener que entregar la tarea y la profundidad que le brindaba el ruido del río de fondo, que la tranquilizaba.

Después de algunos intentos, volvió a notar que algunos números emergían de sus cálculos, específicamente la secuencia (1, 4, 10, 20, 35, …). Sin importar el enfoque aritmético que optara, estos números siempre aparecían, como si trataran de comunicarse con ella diciéndole:

«No tengas miedo de estudiarnos. Olvídate del problema. La recompensa que te espera es mayor a cualquier fórmula matemática que te puedas imaginar.»

Ya vencida por el problema, lo único que le quedaba por hacer era tratar de encontrar un patrón en las fórmulas. Como quien decide dejar de ver el árbol para ver el bosque completo, pudo captar el siguiente patrón:

$$\frac{n}{1} = n, \qquad \frac{n(n+1)}{1\cdot 2} = T_n, \qquad \frac{n(n+1)(n+2)}{1\cdot 2\cdot 3} = TT_n.$$

Por lo que pudo dar con la formula de los números tetraédricos la que le faltaba a Yamil y José para completar su formula “abstracta”.

Lo único que tenía que hacer para comprobar si la fórmula Yamil-José era expandirla y compararla con la fórmula del profesor:

$$2\cdot TT_{n-1} + T_n = \frac{n(n+1)(2n+1)}{6}$$

Mientras estaba haciendo la manipulación algebraica de su expresión, podía sentir un tipo de adrenalina leve, pues si volvía a fallar, ya no habría una oportunidad más y sería la única tarea que no pudo resolver, manchando su impecable historial escolar.

Una vez que tuvo su fórmula expandida, la adrenalina se incrementó cuando sus ojos comparaban los tres términos de ambos lados de la supuesta igualdad, que resultó ser verdadera. No esperó ni un segundo para contemplar su hazaña: cerró su cuaderno y lo volvió a guardar en su mochila.

Con el mismo paso, se dirigió a su casa, pues se había tardado un poco más de lo previsto para llegar a tal resultado.

—¡Isabel! —exclamó con extrema ternura Brail—. ¡Qué bueno verte de nuevo!

—Igualmente —respondió Isabel, buscando monedas en su bolso.

—¿Cuándo vendrás a nuestra colonia? —dijo Brail, mirando a Isabel—. Mi hermana aprendió mucho con tus clases.

—En cuanto mi mamá tenga tiempo —respondió Isabel, separando las monedas—. Dame unos duritos blancos.

—¡Estás de suerte! Justo tengo los últimos duritos blancos —dijo Brail, mostrando los duritos.

—Aquí están los diez pesos —dijo Isabel.

—¡Gracias! Justo lo que me faltaba para comprarme el taco —dijo Brail, mostrando sus notas.

Brail se quedó unos minutos contemplando la moneda, que de inmediato dotó de significado, pues estaba enamorado de Isabel.

Los cuatro amigos acordaron reunirse en la Isla Cuale para prepararse para el día 16 de Septiembre, dándose a la tarea de averiguar cuál era el mejor lugar para ver el desfile.

—Bueno, ya estamos todos —dijo Yamil al ver llegar a Isabel—. Sigamos —añadió, haciendo el gesto de ver por un catalejo.

Pero lo único que miró aquel pirata fue a Isabel adelantándose, seguida de Elena, que se paró para tomarle una foto a Yamil.

Siguieron caminando hasta llegar a la Fuente de los Tres Delfines, donde se pararon a contemplar la panorámica vista que tenían del Malecón.

—¡Qué linda vista! —dijo Elena, grabando un video para sus historias.

Una vez que estaban enfrente de la Presidencia Municipal, los cuatro se dispersaron para buscar el mejor lugar.

—Yo me quedo en estos escalones —dijo Elena—. Aquí está la mejor vista del desfile.

—No lo creo —dijo José con tono de burla—. Yo me sentaré en la cabeza del Caballito de Mar —añadió, señalando la estatua donde se encuentran las letras principales de la ciudad.

—Eso no es nada. Yo me sentaré arriba del faro —dijo Yamil, caminando hacia el faro.

—Sí, pues yo escogeré las escaleras —dijo José—. Ya veremos quién trepa más alto —añadió, corriendo a la escultura “En Busca de la Razón”.

Isabel, corriendo, alcanzó a José y lo hizo entrar en razón antes de seguir escalando y que pasara a mayores.

Sin querer, acababan de encarnar dicha escultura.

Isabel, que estaba cansada de correr, eligió sentarse en la "Gran Oruga Blanca". Así se le llama a las losas blancas serpentinas que rodean el mar, donde locales o turistas la usan como una gran banca.

—Iré a comprar unas banderitas —dijo Yamil.

Una vez que compró cuatro banderitas, se dirigió con Elena, que seguía planeando las tomas.

—Toma —dijo Yamil, dándole la banderita—. Vamos con los demás, que el sol ya casi se esconde.

—Tienes razón, podremos tomarnos una buena foto —dijo Elena, simulando una selfie—. Y así obtendré 100 me gusta.

—101 —dijo Yamil, mirando con ternura a Elena.

Aquel gesto provocó una sonrisa en Elena que pocas veces suele capturar su cámara.

Con dulce en mano, los cuatro se sentaron en la "Gran Oruga Blanca", dándole la espalda a la Presidencia y observando el atardecer.

—Ha sido un día divertido —dijo Yamil, abrazando a José y Elena.

—Sí, hasta que empezaron a hacer otra de sus competencias tontas —reprochó Isabel.

—Bueno, pero ya estamos aquí. Disfruta de la vista —respondió Yamil, entregando el resto de banderitas.

Elena no desaprovechó el momento para tomarle una foto a la puesta de sol y propuso otra donde los cuatro chocaran los dulces, simulando unas copas, con el sol desapareciendo de fondo.

Era lunes 16 de septiembre, el día en que México celebra su Independencia. En las calles se puede ver un gran despliegue de militares resguardando las proximidades de la Presidencia Municipal, pues a este evento asisten la mayoría de personas con cargos importantes dentro del Ejército de la Región.

Los primeros en asistir son los medios de comunicación. En estos últimos podemos incluir a Elena, pues iba a hacer una cobertura en tiempo real del evento.

A una hora de que inicie el desfile, los tres amigos se iban reuniendo afuera de la tienda de abarrotes de la señorita Olga.

Al principio, solo estaba José y a los pocos minutos iba llegando Yamil.

—¡Atrápalo! —gritó José, lanzando un dulce de sandía.

Pasaron otros 15 minutos para que llegara Isabel.

—Bien, ya estamos todos —dijo Yamil, mirando los listones tricolores que adornaban el peinado elaborado de Isabel.

—¡Hoy veremos tanques, helicópteros y cazas! —exclamó de emoción Yamil—. Ya verán, lo vi en las redes.

—Si el desfile dura lo suficiente, igual hasta los aliens se suman —dijo Isabel con tono de burla—, y si tienes suerte, igual te pueden llevar.

—Para tu información, solo aparecen de noche —repuso Yamil, que se había visto incontables documentales de aliens.

Siguieron caminando hasta llegar a la plaza de la Presidencia, donde pudieron ver a Elena, a la cual saludaron desde el otro lado de la calle antes de proceder a pasar.

—Bueno, los dejo, me iré a sentar a la "Gran Oruga Blanca" —dijo Isabel, batiendo su agua de limón con chía.

—Nosotros nos quedaremos con Elena para ver a los tanques —dijo Yamil.

Antes que acabara la frase, Isabel ya estaba por llegar a su asiento, por lo que no perdieron más tiempo y, como pudieron, lograron colarse en los escalones.

No tardó en empezar el desfile, donde se pudieron ver las múltiples secciones del Ejército y la Marina, destacando las Fuerzas Especiales.

—Mira los que salen en los videojuegos —dijo José, mirando a los francotiradores con trajes que imitaban la vegetación.

Pero nada de lo que había prometido Yamil se cumplió, pues otra vez cayó en las imágenes generadas por IA.

—Bueno, igual en lo que fuimos al baño pasaron los tanques —dijo José, dándole unas palmaditas a Yamil.

—Eso creo —respondió Yamil mientras intentaba ver a lo lejos algún tanque.

El desfile estaba por terminar y con ello se aproximaba la última escuela en desfilar. En uno de sus banderines se podía leer: "Escuela Primaria Alfredo V. Bonfil". Conforme avanzaban, las personas se iban retirando.

—¡Mira, mi escuela! —exclamó de alegría Yamil, saludando a su maestra de sexto grado.

Elena grabó a esta última primaria con la misma gracia con la que grabó el primer convoy militar, pues para ella la cámara era algo más que una simple herramienta.

Los tres amigos sabían que irse del desfile implicaba que la batería del celular de la pequeña reportera estuviera al 0%, algo que iba a pasar veinte minutos después de que se terminara.

Los dos amigos fueron con Isabel para hacerle compañía.

—Les voy a contar uno de mis capítulos favoritos de la *Pandilla Simbólica* —dijo Yamil, señalando el Mirador de la Cruz.

Este primer capítulo, que lleva por nombre “Vecindario Psintar”, introduce una pandilla de animales parlantes y es meramente cómico, con escenas protagonizadas por un oso polar que interactúa por primera vez con la ciudad.

El relato fue interrumpido por Elena, que estaba haciendo una señal con su celular, mostrando la pantalla de carga, señal que estaban esperando para poder irse.

Por fin exclamó Yamil estirándose de felicidad.

Una vez que los cuatro amigos estaban reunidos decidieron no irse por la Isla Cuale.

—Hay que darnos prisa —dijo Elena, sujetando con fuerza el celular—, tengo que subir los videos rápido.

—Está bien —respondió Yamil, pasando la mano por la pared—, tengo mucha hambre.

Ya estaban por llegar a las calles que daban hacia las escaleras de la Isla Cuale, cuando la canción de la furgoneta de los helados se hizo más fuerte.

—¡Polaaar! —exclamó de felicidad Yamil, corriendo hacia la canción hipnotizante.

—Aquí tienes, un extra polar —dijo Polar, mientras entregaba un helado doble de coco con forma de oso.

—Un extra lobo, por favor —dijo Yamil, dándole 30 pesos.

En el celular de Polar empezó a vibrar causando un ruido metálico por una llamada entrante.

—Aquí tienes —dijo Polar, mientras entregaba un helado doble de vainilla—, y helado, ahorita los atiendo niños, me están llamando —añadió mirando el celular.

—Sí —dijo Polar en voz baja mientras se alejaba de la ventanilla.

—Tenemos que entrar en la fase 3 —dijo la voz del celular—, el zorro playero acaba de aprobar varios contratos.

—Entiendo —dijo Polar, mirando un retrato de Carl Jung—, yo me encargo de que esos precios bajen tanto como los helados —añadió entre risas.

—Me quedé solo —dijo Yamil, mirando la calle—. Es hora de la comida, supongo —añadió batiendo el helado.

Capítulo III
Una visita de otro mundo

Después de comer, Isabel realiza la inspección rutinaria, en la que hace una revisión meticulosa de sus trabajos o tareas más recientes. Al llegar a la tarea que dejó aquel voluntario, notó que había una especie de calcomanía: una espiral formada con varios tonos de azul mezclados con negro, de tacto similar al de las alas de una mariposa.

Aquello le provocó un dilema: arrancar la hoja o no hacerlo.

Para la primera opción, se justificaba con que no era una tarea de verdad, por lo que no importaba deshacerse de ella. Pero iba a pasar de tener cien hojas a tener noventa y nueve, algo que le molestaba más, por lo que tuvo que elegir la segunda opción.

Mientras pensaba en aquel voluntario, recordó la frase: "En el mundo de los números suelen existir espirales…".

Por lo que pensó: «¿Y si ese mundo existe y están tratando de comunicarse conmigo?»

Colocó el cuaderno en su mesa de noche y se acostó mirando fijamente la espiral.

Pensando: «Si es verdad que aquel mundo existe, entonces tiene que pasar algo»

Pero lo único que pasaba era que un destello de luz se lograba colar por la ventana, impactando en la espiral, lo que causaba un efecto similar a la brillantina. Por lo que decidió guardarlo de nuevo.

Después de haber descansado algunas horas, el grupo se reuniría de nuevo en casa de Elena.

—A ver, ustedes que están fuertes, me ayudarán —dijo Rosa, entregando las cubetas a Yamil y José, llevando el atole y los tamales—. Agárrenlas bien, que va a ser una subida cansada.

—Cuando uno ha visto el Everest —dijo Yamil, simulando tener frío—, el Mirador de la Cruz es pan comido.

Una vez que llegaron a la última sección de escaleras, se pararon a descansar, pues incluso los más jóvenes sucumben ante el demandante esfuerzo físico que era subir aquel mirador. Después de hidratarse con agua, continuaron subiendo más escalones.

—¡Por fin, cruz a la vista! —dijo Yamil, subiendo los últimos escalones sin aliento.

Se ubicaron en las bancas más cercanas, donde tenían una vista panorámica del centro de la ciudad, un espectáculo en sí mismo. Mientras esperaban que dieran las once de la noche.

—Niñas, ayúdenme a repartir el atole y los tamales —dijo Rosa con el último aliento—. Que estoy muy cansada, que la edad pasa factura —añadió entre risas.

Al abrir las cubetas, el aroma del atole y los tamales se fundieron, convirtiendo aquel mirador distante de la ciudad en cualquier casa mexicana.

—Ahora me toca a mí contar mi capítulo favorito de la *Pandilla Simbólica* —dijo José, abriendo su tamal.

—Está bien, pero seguro ya lo vi —dijo Yamil, batiendo su atole.

—Ese lo pasaron a las 3 a.m. y se llamaba "Mirador con Vista a la Luna" —respondió José, partiendo el tamal.

En “Mirador con Vista a la Luna”, la pandilla ayuda a los locales a tener una vista completa de la ciudad. Lo logran haciendo que los hoteles o edificios grandes que impiden ver la ciudad ya no sean un obstáculo, y alcanzan una altura donde no solo se puede ver la urbe, sino también parte de la costa de Estados Unidos.

Desde la playa, un zorro intenta competir con la estructura de la pandilla creando una versión para turistas. Al fracasar por la falta de interés del público en esforzarse, intenta dinamitar el mirador rival, pero el grupo logra escapar en parapente gracias a que ya lo habían previsto.

A los pocos minutos de que empezara aquel espectáculo, este tiñó el cielo de verde y rojo. Para sorpresa de todos, esta vez el instinto de Elena la abandonó, pues no había sacado su celular para capturar el momento, algo que era raro en ella.

—¡Qué hermoso! —exclamó Elena, llena de felicidad.

—Pensar que esto era un pueblo pesquero —exclamó Rosa con una melancolía que la inundaba—, donde los primeros pobladores fueron valientes soñadores que construyeron casas sin saber que en el futuro habría personas que las habitarían —añadió, mirando a los adolescentes.

Como un animal al que se le ha pasado el sedante, Elena recordó sacar el celular.

—Hagamos una selfie para capturar este hermoso momento —dijo Elena, ajustando los parámetros.
Una vez se tomo la foto comenzaron a bajar los escalones una tarea menos difícil que subirlo por lo que no tardaron en llegar a la casa de Rosa.

—Les tengo que enseñar algo que me pasó esta tarde —susurró Isabel—, en cinco minutos nos vemos en el Matapalos.

El grupo asintió y fueron directos al árbol que, por su antigüedad, las ramas han formado un tipo de banca.

—¿Qué creen que sea? —preguntó Elena.

—No sé, pero ha estado actuando más raro de lo normal —respondió Yamil. Quizás sea lo que les pasa a las mujeres cuando crecen, ya sabes, la regla —añadió entre dientes.

Aquel comentario provocó una risa en Elena, pues no se esperaba tal respuesta.

—Eso es normal. Ahora con las redes ya no es algo impactante —susurró Elena, mirando Isabel acercarse.

—Miren —dijo Isabel, sosteniendo el cuaderno—. Es sobre la tarea —añadió, abriendo justo en la página de la espiral.

Aquella espiral arrojó un destello azul que encandiló al grupo, haciendo que Isabel dejara caer su cuaderno.

Después de 30 segundos de no poder ver nada, apenas empezaban a recobrar la vista.

—¡Eso sí no me lo esperaba! —exclamó Yamil con profundo asombro.

Yamil, sin pensarlo dos veces, tomó aquel cuaderno.

—Creo que sé lo que está pasando —dijo Yamil, ojeando el cuaderno de Isabel—. Necesitamos resolver la siguiente suma de potencias. Alguna civilización antigua está tratando de comunicarse con nosotros. ¡Esto ya lo he visto en la tele! —añadió, mientras intentaba ver alguna nave espacial en el cielo.

Yamil, seguido por José, corrieron por sus cuadernos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Elena, que sentía que le habían quitado el alma mientras abrazaba a Isabel.

—No sé, en mi cuarto no hizo nada —respondió Isabel, frotándose los ojos.

Una vez que tenían los cuadernos, intentaron atacar la suma de los primeros n cubos.

—Puedo sentir que los estoy llamando —dijo Yamil, notando un patrón en la suma.

Cuando se dio cuenta de que la suma resultaba en el enésimo número triangular al cuadrado, lanzó su cuaderno y se puso en medio de la calle.

—¡Los invoco! —gritó Yamil con todas sus fuerzas mientras extendía los brazos y miraba el cielo.

Pero no pasó lo que pensó que pasaría, como en los documentales.

—Quizás sea solo con el cuaderno de Isabel —dijo Yamil, colocando la mano en la espiral—. Me iré a sentar en el Matapalos.

La meditación se vio interrumpida por una fuerte sacudida de las hojas del matapalo.

—¡Lo sabía! ¡Pueden poseer mi alma! —dijo Yamil, abriendo la boca y extendiendo los brazos.

El resto del grupo se paralizó por completo. Además, el comportamiento de Yamil solo empeoraba la situación.

El crujido de una rama hizo que Yamil retrocediera.

—¡Es un búho! —dijo Yamil mientras trataba de enfocar a la criatura, que se había camuflado entre las hojas—. Lo he visto en los documentales; suelen aparecer en la noche —añadió, acercándose más al matapalo.

El búho no se movió por varios minutos, por lo que el resto del grupo, poco a poco, se empezó a acercar.

—¡Qué pena que dejara el celular en casa! —exclamó Elena, mirando con fascinación los ojos del búho.

Cuando estaban lo suficientemente cerca, aquel búho dijo algunas palabras al aire:

—289 años sin necesitarme. Aún recuerdo el año 1735. Tenía que viajar desde Rusia hasta Escocia. Fue un honor servir a Euler y Maclaurin. Pero no entiendo... ustedes son muy jóvenes y, además, este problema ya fue resuelto hace mucho tiempo.

—¿Puedes hablar? —dijo Yamil, pellizcándose el brazo.

—Así es, muchacho —respondió el búho, mirando a Yamil—.

—¿Y de dónde vienes? —preguntó Yamil, tomando asiento.

—Del mundo de los Números, un lugar donde las ideas son eternas, como las personas que las crean, pero ya tendremos más tiempo para hablarles sobre eso —dijo el búho, parpadeando—. ¿Cómo se llaman? Yo, por mi parte, me llamo Babil, el guardián que ha acompañado a todos los matemáticos que han contribuido al problema que tienen en sus cuadernos —añadió, haciendo una reverencia al grupo.

Yamil iba diciendo los nombres de sus amigos mientras los señalaba —los cuales aún seguían sin creer lo que estaba pasando— para terminar con su nombre.

Babil se sacudió las alas, dejando caer granos de arena resplandecientes, y pronunció las siguientes palabras:

—Es un gusto saber sus nombres, aunque ya sabía quiénes eran —dijo Babil, girándose y dándole la espalda al grupo—. Pues cuando intentan resolver un problema de matemáticas, el desarrollo que realizan antes de llegar a la fórmula se almacena en el Gran Archivo.

Se quedó en silencio por 30 segundos y concluyó con las últimas palabras antes de partir a algún árbol de follaje denso:

—El cual me proporciona una biografía numérica de la persona. Sin embargo, lo que más me sorprende es que el Gran Archivo me proporciona la información de tres, pero yo aquí veo a cuatro.

El grupo se quedó expectante mirando el cielo, pensando que Babil había aterrizado en alguna estrella del firmamento.

Capítulo IV
El plan

La campana de la hora de salida sonó, pero aún ese sonido aturdidor no lograba liberarlos del trance en que se encontraban los cuatro amigos desde aquel encuentro con Babil.

—Qué raro —dijo la maestra, mirando a Yamil—, estuviste muy serio hoy. ¿Qué gusano te picó? ¿Dormiste bien?

—Más o menos —respondió Yamil, entre risas—. Apenas me estoy despertando.

—Bueno —dijo la maestra, acariciando el brazo de Yamil—, la próxima acuérdate de dormir bien, que eso ayuda al aprendizaje.

—Sí —respondió Yamil, marchándose a su casa.

Yamil había acordado reunirse con José para platicar sobre la meteórica aparición de Babil.

—Nunca imaginé que sería un búho —dijo Yamil, mirando el matapalos—. Todos los documentales hablan de aliens, no de búhos. Nadie me va a creer.

—No pude dormir —dijo José—. Toda la noche estuve mirando la ventana, pero no pasó nada.

—Deberíamos tirar el cuaderno —dijo Yamil— al fondo del mar, así nada podrá salir de ahí.

—Buena idea —dijo José—, pero ni loco toco esa cosa. Prefiero quemarlo y ya.

De fondo, un sonido se hacía cada vez más claro.

—¡Pero si es Polar! —dijo Yamil, tratando de vislumbrar la furgoneta de los helados de la *Pandilla Simbólica*.

Los dos amigos, con paso apresurado, fueron a comprar helados con Polar.

Aquella furgoneta estaba rodeada por los niños de la colonia y sus alrededores, que iban persiguiendo la furgoneta.

—Niños y niñas —dijo Polar—, tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles quieren primero? —añadió, haciendo un gesto con las dos manos.

Al unísono, la joven clientela gritó: —¡Las malas!

—De acuerdo —dijo Polar, acariciando el pelo de una niña—. Nos hemos quedado sin helado en la fábrica, por lo que no podremos vender durante un tiempo.

Al unísono, la joven clientela dejó clara su negativa gritando: —¡Nooooo!

—Ya sé, niños —dijo Polar, agachando la mirada—, ya sé. Pero la buena noticia es…

Al unísono, la feroz clientela gritó: —¿Quéeeee?

—Hoy el helado es gratis —respondió Polar, tocando la campana—. Además, hoy habrá el doble de helado y chocolate —añadió, tirando chocolate en barras a la multitud.

—¡Atrapé uno! —dijo Yamil, alejándose de la estampida.

—No se peleen, niños —gritó Polar—. Hay para todos. Hoy uno y cada uno de ustedes se irá muy feliz a casa —añadió, mientras repartía los conos de helado sabor chocolate.

—Polar es el adulto más genial —dijo Yamil, mientras masticaba el chocolate—. Los demás son aburridos y no hacen más que regañar.

—Lo extrañaremos —dijo José, batiendo y triturando el chocolate en su helado.

—Eso no es todo, niños —dijo Polar, sosteniendo una caja colorida—. Aquí adentro tengo el nuevo producto de la *Pandilla Simbólica*, totalmente gratis.

Al unísono, la frenética clientela gritó: —¡Siiii!

—Les presento las historietas comestibles —dijo Polar, mostrando una historieta hecha con obleas finas—. Podrán leerla y, cuando terminen, podrán disfrutar comiéndosela —añadió, masticando una página de la historieta.

—¡Tenemos que probarlo! —exclamó extasiado Yamil, mirando fijamente a Polar.

—Acérquense, niños —dijo Polar, abriendo por completo la caja—. Pero es muy importante leer completa la historieta antes de comérsela, pues hay premios para los que cumplan con el desafío simbólico.

—Tomen, niños —dijo Polar, dándoles historietas a Yamil y a José—. Recuerden: nunca dejar de ver la *Pandilla Simbólica*.

—Vamos otra vez al matapalos —dijo Yamil—. Tenemos que ser los primeros en completar el desafío simbólico.

Una vez que estaban frente al matapalos, prestaron atención a la historieta, que tenía escrito lo siguiente:

El Plan (y cómo tú puedes ser parte de él)

El zorro nos borró. Cambió nuestros recuerdos por nombres de extraños grabados en cerámica fría. Convirtió la ciudad en un cementerio de azulejos. Por suerte, la pandilla reaccionó. Un lobo tuvo la idea: recuperar las calles con arte de verdad.

Y funcionó. Pintamos el parque. Un simple barrendero, sin nombre en una placa, pero con el cariño de todos, se volvió más inmortal que cualquier negocio del zorro.

Pero no es suficiente.

Hay que terminar el trabajo. Por eso nace el desafío. Por cada azulejo que rompas, le devuelves un color a la ciudad. Por cada placa con un nombre falso que desaparece, un niño puede volver a hacer volar su avioneta sin distracciones.

***Desafió simbólico**: El equipo (o la persona) que entregue más azulejos rotos, gana. El premio: helado de por vida. Parece un juego, pero es una misión. El zorro nos vendió una falsa promesa de inmortalidad. Nosotros le vamos a devolver la vida verdadera, aunque tengamos que romperla para encontrarla.*

—Tenemos que hacer algo —dijo Yamil, comiéndose la historieta—. Esos azulejos tienen que desaparecer de la ciudad.

—Estoy de acuerdo —respondió José—. Así tendremos helado para toda la vida.

—Adiós, niños —gritó Polar, haciendo sonar por las bocinas de la furgoneta la música de la *Pandilla Simbólica*.

Al unísono, toda la multitud le dijo adiós a Polar, que se marchaba.

Yamil y José acordaron reunirse en El Matapalos a la 1:00 a. m. para llevar a cabo el plan.

—Este es el plan —dijo Yamil, mostrando un mapa de la Isla Cuale a José—. Yo me encargaré de vigilar el puente y el corredor.

Una vez que establecieron roles y posiciones, iniciaron el plan haciendo el saludo de la *Pandilla Simbólica*.

Cuando se encontraban en la fase de reconocimiento, no pudieron ver persona alguna que pudiera entorpecer su misión. Por lo que estaban dispuestos a impactar el cincel contra el centro del azulejo con un solo martillazo.

—¡Despejado! —susurró Yamil, dejando canicas en la salida del puente.

José empuñó la estaca, apuntando en el centro, esperando matar de un golpe al vampiro.

A segundos de que se diera el primer estacazo, aquella isla, en términos acústicos, se convirtió en una catedral en forma de bóveda. Un canto de otro mundo les provocó un miedo indescriptible a los dos adolescentes, quienes sintieron la presencia de múltiples monstruos acechándolos en la oscuridad.

En cuestión de pocos segundos, estaban por llegar a la calle. En el instante en que estaban por pisar la calle, un sonido rompedor se hacía más intenso por detrás, hasta que se escuchó un fuerte golpe en el barandal. Esto hizo que aquellos dos se cayeran y se aferraran al barandal mientras cerraban los ojos, temiendo la presencia de alguna criatura maligna.

Aquella criatura misteriosa esperó un minuto antes de decir las siguientes palabras:

—Me disculpo por mi aparición abrupta. Aún soy nuevo en la ciudad, y me es más fácil llegar solo desde arriba que usar las calles; ¡algo que me tomaría todo un día en llegar hasta ustedes!

Al escuchar la voz familiar, se atrevieron a mirar por un momento. Pudieron ver la silueta de un búho y supieron inmediatamente que se trataba de Babil. Aunque era una criatura de otro mundo, al menos tenían la garantía de que la primera vez que lo conocieron no se los intentó comer.

José, como pudo, se levantó y se quitó las piedras que se le habían incrustado en las manos para decirle las siguientes palabras a Babil:

—Solo apareces en los momentos importantes, arruinándolo todo —dijo, golpeando el barandal con el martillo—. Con tu palabrería, suenas igual que los adultos que solo saben quejarse de uno para luego marcharse sin ayudar, como lo acabas de hacer. ¡Estábamos a punto de romper el primer azulejo!

El pequeño retador y la criatura se miraron fijamente, perdiéndose en sus abismos durante un minuto. Babil parpadeó y le responde:

—Si creen que rompiendo todos los azulejos de la ciudad solucionarán el problema, están muy equivocados..

—Y si siguen actuando por separado, no cambiarán nada —continuó Babil—.

—¡Otra vez con tu palabrería! —dijo José, marchándose.

—¿Y qué propones? —dijo Yamil, con la mirada perdida en la escalera que daba la impresión de fundirse con la oscuridad.

—La respuesta está en tu misma ciudad, si es que de verdad estás interesado en salvarla —dijo Babil, preparando las alas para volar.

Después de que Babil volara a su árbol, Yamil se quedó algunos minutos para reflexionar lo poco que había entendido de aquel consejo. Luego, prosiguió a irse también a su casa, pues la oscuridad estaba por cubrir toda la ciudad.

Los pájaros cantores anuncian la salida del sol y, con este, la apertura de mercados y comercios. La ciudad empezaba a recobrar vida y, con ella, empezaba la nueva aventura de Yamil: recorrer su ciudad en busca de ideas para salvarla.

Una vez que estaba preparado, tomó rumbo hacia la Isla Cuale y la recorrió punta a punta, pero nada le convencía, pues no sabía pintar y mucho menos hacer artesanías. Por lo que se dirigió al puente colgante de madera, que ha sido el causante de muchos momentos graciosos para el grupo.

Una vez que estaba en la tortillería de la esquina, se paró para ver algo interesante.

—Mmmm, qué lugar más aburrido —dijo Yamil, mirando los comercios—. Tendré que seguir caminando —añadió, mientras se refrescaba la frente con la botella congelada.

Un poste con un folleto publicitario llamó la atención de Yamil, deteniéndose a leerlo.

—Se busca jardinero —leyó Yamil, mirando pequeñas tiras con cortes en los laterales en forma de pala, con un número de celular que colgaban del poste—. Listo, ya tengo el plan para salvar la ciudad.

Yamil cito a sus amigos a la orilla del río Cuale para proponerles su plan.

—Me parece bien, pero es mejor usar cintas adhesivas y plumones negros —dijo Isabel, acomodándose los lentes—, que son fáciles de retirar, no dañan las paredes y se pueden colocar rápido.

Al escuchar su propuesta, Yamil, de la emoción, abrazó a Isabel, pues dicha solución y ejecución le parecieron asombrosas.

—Lo único malo es que no tendremos helado para toda la vida —dijo Yamil, tirando una piedra al río Cuale.

—Nadie regala helado —dijo Elena—, y menos toda la vida. ¿Dónde leíste eso? —añadió entre risas.

—Mmmm, me comí la historieta donde decía eso —dijo Yamil, mirando a Elena—. Pero fue Polar quien nos las dio, y él nunca mentiría con algo así.

—Qué tonto —dijo Isabel con tono burlesco—. Solo ustedes creen en eso —añadió, marchándose.

El grupo no hizo más que seguir los pasos de Isabel.

Mientras subían las escaleras, Elena estaba pensando en el marketing que podía hacer alrededor de su plan, algo que beneficiaría sus redes. Por lo que los adelantó y se puso enfrente, levantando el índice y diciendo: "Tengo una idea". Luego, añadió:

—Sé cómo hacer que la ciudad se interese. Planeo crear una cuenta para promocionar los acertijos, dejando premios escondidos para el que los resuelva. Y al final, cuando tenga muchos seguidores, ¡revelamos nuestros arrobas verdaderos y todos somos famosos! —dijo, simulando tomarse una selfie.

—¡No! Nadie nos tiene que conocer. Haremos esto en secreto —dijo Isabel, marchándose con paso veloz.

Los dos amigos miraron a Elena, encogiéndose de hombros en un gesto unánime de: "Lo intentaste".

—Si te sirve de algo, yo también quiero ser famoso —dijo Yamil, sosteniéndole la mano—, y conducir un programa de televisión donde pueda hablar de dinosaurios o de animales extintos más grandes que las ballenas.

Gracias dijo Elena, mirando con una sonrisa a Yamil.

El día se hizo largo para Yamil, que aún recordaba las impactantes imágenes que ilustraban la historieta, mostrando a sus personajes favoritos heridos. Pero, aunque sabía que era una caricatura, algo le provocaba.

—Un documental para dormir —susurró Yamil— hará que deje de tener pesadillas.

Capítulo V
A una cinta de distancia

Dieron las 8:00 a. m. cuando Marta, la mamá de Brail, lo despertó sacudiéndolo del brazo. Aquello lo regresó a la realidad, que contrasta profundamente con sus sueños, en los que es el ayudante del Zorro de la *Pandilla Simbólica* y se divierte haciendo bromas y travesuras.

—Apresúrate —dijo Marta, dejando un cambio de ropa en la cama.

—Sí —respondió Brail, que instintivamente encendió el televisor seleccionando el canal de la *Pandilla Simbólica*.

Antes de irse, su mamá siempre le da la bendición y le vuelve a recordar la frase: «Acuérdate de ver al suelo; quizás hoy tengas suerte y te encuentres dinero, que sabes bien la falta que nos hace».

Con paso apresurado, antes de las 9:00 a. m., Brail ya estaba en la esquina de la intersección de las calles Jacarandas y Manuel M. Diéguez, pues vivía en la parte más alta del cerro.

—Caballero —dijo Brail—, ¿gusta comprar unos bombones? Cuestan quince pesos —añadió, enseñando unos bombones con una calcomanía de amor.

—Dame dos —respondió el caballero, dándole cincuenta pesos—. Quédate con el cambio.

—De verdad, muchas gracias —dijo Brail.

El pequeño vendedor ambulante siguió caminando hacia el Malecón mientras estiraba el billete de cincuenta.

En el otro lado de la ciudad, los cuatro amigos se habían citado en El Matapalos una hora después de la comida. Cada uno llevaría los materiales: cintas adhesivas, plumones, tijeras y sus libretas, para comenzar con el plan y liberar a la ciudad de los azulejos.

Hicieron dos grupos: uno se encargaría de la sección “Adivina el número siguiente”, y las amigas de “Adivina la fórmula”. Se podía ver a Elena recortando pedazos de cintas y pasándoselos a Isabel cada vez que esta lo requería.

Por su parte, el otro equipo trabajaba de forma independiente y no importaba si tenían la misma secuencia; como siempre, uno miraba de reojo al otro, viendo hasta qué número llegó para él añadir uno más.

Cuando estaban por terminar, Elena pudo vislumbrar un ave que se aproximaba a ellos, por lo que señaló al ave y añadió:

—¡Miren el cielo! Puede ser el águila que habla —dijo, cubriéndose del sol.

—No es un águila, es un búho y es Babil —dijo Yamil—. Lo podría distinguir entre mil búhos: no tiene los mismos ojos que uno normal, es como si estuvieras mirando desde un robot que explora la Fosa de las Marianas.

—No sé qué es la Fosa de las Marianas —dijo Elena, mirando a Yamil—, pero ese búho me da un poco de miedo. Algún día tendrá hambre y vendrá por nosotros.

—No, ya ha tenido la oportunidad de comernos —dijo Yamil, agarrando a Elena de los hombros, girándola—. Y no lo hizo. Él es nuestro amigo y nos ayudará a salvar la ciudad.

Babil aterrizó en el Matapalos, fue bajando hasta su rama e hizo la sacudida habitual para luego agachar la cabeza. Al ver el progreso del grupo, no hizo más que parpadear tres veces y sacudir las alas, dejando caer pequeños granos de arena resplandeciente.

—¡A que esto es más divertido! —dijo Yamil, mostrando las cintas—, que escribir libros aburridos que nadie lee más que los maestros, que son igual de aburridos.

Isabel le pegó en el brazo después de haber escuchado aquella queja del gremio con el cual ha crecido.

—Bueno, menos la mamá de Isabel —repuso entre risas—. Ella hace un rico pay de queso.

—No tenga duda de eso, muchacho, pero los libros son muy valiosos. Quizás ustedes escriban un tipo nuevo de libro lleno de cintas —dijo Babil, preparándose para volar—. Y quizás algún día me vuelva a encontrar con un grupo de jóvenes que estarán leyendo su libro, pues han demostrado que el gran archivo aún no capta todo lo esencial.

El grupo se quedó pensativo, pues la idea les pareció buena, pero no tenían tiempo para pensar en otro proyecto. Por lo que Yamil se levantó e invitó a los demás a hacer un saludo inspirado en la *Pandilla Simbólica*, con lo que dieron inicio a su plan.

Los dos amigos fueron los primeros en llegar a la Isla Cuale, corriendo a pegar sus cintas en árboles, bancas, paredes y columnas. Yamil, en concreto, pegó una en el suelo al lado de una banca, pues pensó que cuando alguien se amarre las agujetas, mirará fascinado aquella cinta.

Por su parte, las dos amigas las colocaron en sitios discretos, como en la estructura inferior de las escaleras y en la parte trasera de las hojas; una idea que provenía de Isabel, como si tratara de que alguna familia de elfos curiosos que habite el parque diera con ellas.

Decidieron esperar algunos minutos para ver la reacción de las personas, pero para su sorpresa, nadie les prestó atención a sus cintas, más que un viejito que se acercó a una de las que estaba en la pared, pero no le dio importancia y siguió con su caminata serena. Un par de niños arrancaron algunas para después hacerlas bolitas y tirarlas al suelo.

Algo que desmotivó al grupo, haciendo que Yamil, sin decir una palabra, se marchara, pues había puesto una gran fe en aquel plan que él creía perfecto.

Elena, al ver aquella escena, intentó ir a consolarlo, pero se vio frenada por Isabel, la cual sentía una satisfacción al ver fracasar al equipo contrario. Consideraba que su estrategia fue muy superficial y se la tenían merecida, por lo que le recordó que sus cintas aún siguen intactas.

Decidió hacerle caso a Isabel para evitar complicar aún más la situación, y esperó un rato más a la espera de que alguien completara alguna cinta. Por su parte, José, cegado por la ira, estaba por ir a buscar el martillo, pero de reojo vio a un perro callejero y se le ocurrió la brillante idea de usarlo como un espectacular ambulante.

Por lo que rápido preparó unas cuantas cintas y, como si fuera un experto en marcaje de animales salvajes, fue directo hacia el perro. En su mente, eran los únicos presentes en la Isla Cuale, olvidando por completo a sus dos amigas y personas cercanas. Con paso cuidadoso, se acercaba mientras el perro estaba olfateando un arbusto.

Cuando podía sentir el pelaje rozar las palmas de su mano, con una maniobra brusca intentó atrapar el perro, sujetándolo con fuerza desmedida, haciendo que se sintiera amenazado. En el forcejeo, logró escaparse, mordiéndole una mano y provocando un leve desgarro. Apretando los dientes y dando pisotones de dolor, seguía mirando aquel perro que corrió con dirección al río.

—¡Perro imbécil! —dijo José, persiguiéndolo—. ¡Me la vas a pagar, perro idiota!

El perro logró llegar a la orilla del río, logrando nadar con éxito hasta el otro lado. José apenas estaba por decidir entrar o no, dado que el agua del río estaba mezclada con lodo, por lo que mejor decidió irse a su casa sin que nadie se pudiera dar cuenta. Claramente había sido derrotado, pues la marca se la dejó el perro.

Las dos amigas seguían con la esperanza de llevarse la victoria, pero se vio frustrada por otro perro que terminó regando uno de los arbustos donde habían colocado una de las cintas, lo que ocasionó una escena cómica. Elena miró a Isabel y, a los tres segundos, estalló en risas mientras se tapaba la boca y

se acostaba en el posamanos de la banca; algo que desencadenaría una risita en Isabel, que no la quiso mirar.

—Ya hay que irnos —dijo Elena, tirando del brazo de Isabel—. Mañana volveremos y quizás alguien haya completado una.

Isabel no puso resistencia alguna y aceptó irse. Abrazándola y agarrándola del brazo, se encaminaron hacia la tienda de la señorita Olga, pues recordaron que hoy era noche de teatro.

Esa noche, la tienda se convirtió en un teatro de títeres y de aquel sauce colgaba el siguiente cartel:

Platero y yo Juan Ramón Jiménez No para cualquiera

Desde lo lejos se podía observar el espectáculo que era estar bajo las tiras de luces fluorescentes que caían de las ramas del sauce, lo que daba la sensación de tener un cielo estrellado a pocos centímetros.

Al llegar al sauce, pudieron ver a Yamil y José sentados juntos con un semblante que parecía olvidar lo ocurrido en la Isla Cuale. En cuestión de minutos se llenaron las bancas y el telón se recorrió para dar paso a un títere de la señorita Olga y un sauce miniatura.

—Bienvenidos al teatro de títeres “El sauce mágico” —dijo el títere, abriendo los brazos, mientras luces LED verdes se movían simulando luciérnagas—. Hoy presentamos la obra "Platero y yo".

Avanzada la obra, a Yamil le dio por estirarse, arqueando la columna con la silla y llevándose las manos a la cabeza, acompañado de un bostezo. De inmediato reconoció la presencia de Babil, que estaba camuflado entre las ramas.

La obra terminó con el burrito que yacía ya sin vida en su cama de paja, por lo que el telón se cerró y la audiencia complacida no hizo más que aplaudir.

La primera en irse a su casa fue Isabel, y los tres amigos aún se quedaron un rato más mirando una compilación de videos hechos con IA que eran muy populares entre los jóvenes.

Luego se marchó José, y Elena aprovechó el momento para sacar una de las cintas que Isabel rechazó por "número defectuoso".

—Yo también te quiero regalar algo —dijo Elena, dándole la cinta—. Quizás mañana tengas más suerte.

—Eso espero —dijo Yamil—. Aunque ni yo mismo puedo completar esta cinta —añadió, riéndose.

La noche terminó con un beso de Elena en la mejilla, bajo la luz de la luna y las luciérnagas que iluminaban el lugar.

Un capítulo de la *Pandilla Simbólica* acompañaba el desayuno del pequeño Brail, pues aquella señal fantasma cubría toda la ciudad. Nadie sabe quiénes están detrás de la serie animada, pues es un proyecto que devora millones de pesos cada año para burlar intereses privados.

Mientras Brail se alistaba, de fondo seguía aquel capítulo titulado “Abarrotes el Zorro”, donde el Zorro decide poner una tienda en las zonas más lujosas de la ciudad, esperando ahora sí hacerse rico.

Pero, para su sorpresa, solo miró motos con pedidos de comida pasar una y otra vez; nadie se detenía a comprar, pues en esa zona las personas muy rara vez salen de sus castillos de concreto. Molesto, robó un pan y después dinamitó las máquinas expendedoras cercanas.

Una vez que terminó de vender en el Malecón, procedió a borrar las notas del día que contenían los siguientes datos:

Paletas: 5
Duritos (Blancos): 5
Duritos (Normales): 6
Chicles: 7

Suma: $5 \cdot 3 + 5 \cdot 10 + 6 \cdot 10 + 7$

Hoy gane: $7(3) + 1 + 10(11) = 10(13) + 2 = 132$

$132 – \text{Taco} = 117$

Siempre que la suma fuera mayor que 100, se permitía comprar un taco de pastor que tanto le gustaba, pues aquel sabor era todo un carnaval comparado con la sopa de letras que suele comer.

Con los quince pesos en la mano, se adentró en la Isla Cuale para acortar camino.

—¡Qué números más raros! ¿A quién se le habrán caído? —dijo Brail, levantando la cinta hacia el sol —. Seguro gano más dinero que yo —añadió, lanzando la cinta.

—Por fin algo útil —dijo Brail, mirando una lata de refresco dentro de una jardinera.

Siguió explorando, buscando por debajo de las escaleras, pero lo único que encontró fue otra cinta que contenía la siguiente información:

$$1 + 2 + 3 + 4 + \ldots + 100 =$$

Si se sabe la respuesta,
escriba su nombre:

Aquella letra le resultaba familiar, por lo que no tardó en recordar que era de su amiga Isabel, la niña más linda que ha visto en la ciudad y su amor imposible, pues sabía que nunca se fijaría en alguien tan pobre como él. Pero vio una gran oportunidad para conquistarla si resolvía la suma, lo que se veía capaz, pues hace eso todos los días.

Después de unos intentos, se dio cuenta de que podía reescribir la suma separando los múltiplos de 10 y los dígitos (1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9). Llegó a la respuesta 5050 mediante el siguiente desarrollo:

$$1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 + 8 + 9 + 10 = 55$$

$$\begin{aligned} 90 \cdot 10 + 55 &= 955 \\ 80 \cdot 10 + 55 &= 855 \\ 70 \cdot 10 + 55 &= 755 \\ 60 \cdot 10 + 55 &= 655 \\ 50 \cdot 10 + 55 &= 555 \\ 40 \cdot 10 + 55 &= 455 \\ 30 \cdot 10 + 55 &= 355 \\ 20 \cdot 10 + 55 &= 255 \\ 10 \cdot 10 + 55 &= 155 \\ 55 &= 55 \end{aligned}$$

$$10 \cdot 10 \cdot 45 + 10 \cdot 50 + 10 \cdot 5 = 4500 + 500 + 50 = 5050$$

Pues aquel vendedor ambulante tenía un hábil manejo de la aritmética y quizás es un íntimo amigo de los números. Una vez que solucionó el problema, pensó en escribir su nombre, pero le daba vergüenza, por lo que decidió firmar como “El Zorro”. Arrancó un pedazo de cinta donde puso su firma, que guardó con mucho cuidado en el medio de su libreta, y antes de irse termina por acariciar la cinta.

Capítulo VI
Cazando al zorro

Elena, mientras comía, había visto un short motivacional sobre grabar videos caseros, lo que la motivó a tocar puerta por puerta. Logró animar a cada uno de sus amigos, y en grupo decidieron volver a revisar las cintas. Pero no les contó sobre su proyecto secreto: un documental llamado "Cintas Mágicas" para compartir con el mundo sus aventuras.

Al llegar a la Isla Cuale, Elena les hizo creer que inició una transmisión en vivo con la cámara frontal, amagando con que tiene pocos seguidores y no enfocaría las cintas. Por lo que a Yamil y José les dio un poco igual que estuviera con el celular. Ellos, con la pena del día anterior, se sentaron a esperar a sus amigas que se encontraban por inspeccionar las cintas.

Cuando estaban por dirigirse a la zona trasera de las escaleras, Elena guardó distancia con Isabel para asegurarse de que no la descubriera. Isabel, desde lo lejos, podía ver que por fin alguien completó una de las cintas, pero también vio que se arrancó un pedazo, algo que dejó la victoria con un sabor agridulce, pues aquella cinta ahora era asimétrica.

«¿Quién es El Zorro?», pensó Isabel, despegando con cuidado la cinta.

«¿Cómo llegó tan rápido a la respuesta, incluso más rápido que mis compañeros?»

La cámara pudo captar la cara de fascinación de Isabel cuando despegó la cinta.

Una vez que todos estaban reunidos, Isabel les mostró la cinta mientras Elena seguía grabando discretamente.

—¿Quién en su sano juicio escogería el nombre de “El Zorro” sabiendo que es el enemigo de la *Pandilla Simbólica*? —dijo Yamil con un tono reflexivo.

Yamil se apartó del grupo y se volvió a sentar, pues aquel nombre lo había desconcertado y pensó que ese tal “El Zorro” quería sabotear su plan.

—Tenemos que cazar a ese Zorro y tengo una idea: vamos a crear la Pandilla Numérica. Se cree más inteligente que nosotros, pero lo atraparemos —dijo Yamil, subiéndose a la banca—. Y, además, la suma que resolvió era la más fácil —añadió con tono de burla.

Isabel, al escuchar el discurso de Yamil, que consideraba exagerado y sin sentido, se marchó jalando a Elena del brazo, pues ella nunca se interesó por la *Pandilla Simbólica.*

Los dos amigos se quedaron esperando que alguna persona fuera a la zona trasera de las escaleras.

Después de que nada interesante pasara, Yamil se paró y puso la mano en el hombro de José.

—Para atrapar a ese Zorro tenemos que pensar y ser detectives —dijo Yamil, imitando a los detectives de los documentales—. Tenemos que ir por nuestros cuadernos y hacer nuestra lista de sospechosos.

Ya que tenían todo lo necesario para ejercer como detectives, se encaminaron otra vez hacia la Isla Cuale, pero antes de pisar las escaleras, Yamil se detuvo.

—La primera sospechosa de nuestra lista es Isabel —dijo Yamil, escribiendo el nombre—. Piensa: ¿por qué nos hicieron volver a ver las cintas? ¿Por qué ella fue antes para escribir la respuesta y burlarse de nosotros? —añadió mientras caminaba en una línea recta en bucle.

—No, no miré que se rieran y se marcharon creyendo que sí existe alguien que se hace llamar “El Zorro”. No creo que fuera Isabel; ella no hace ese tipo de bromas —respondió José—. Y menos Elena; ella no sabe matemáticas —añadió, riéndose.

—Seguro Elena no ocuparía que su mamá la momifique por una simple mordida de un cachorrito como a otros —dijo Yamil, riéndose mientras bajaba las escaleras—. ¡Vámonos, que tenemos mucho trabajo!

Los detectives, al ver que en la Isla Cuale la frecuentan más los extranjeros que los locales, deciden investigar fuera. Por lo que deciden pasar por el puente colgante de madera y dirigirse a la colonia Emiliano Zapata.

Saliendo del puente, se encontraron con un pintor que exhibía sus obras en la banqueta.

—Lo iré a interrogar, pues las personas que pintan suelen buscar los mismos lugares que nuestro Zorro —dijo Yamil, queriendo impartir cátedra a José—. Y, además, ya es grande; ha de saber matemáticas.

Lo terminó rechazando, pues no había pasado la "Prueba del Zorro". Así le llama al siguiente test que creó para encontrar al Zorro verdadero:

TEST EL ZORRO

1) ¿Puede resolver (1 + 2 + 3 + 4 + ... + 100) en 5 minutos?
2) ¿Su personaje favorito es el Zorro?
3) ¿Conoce a Isabel?
4) ¿Tiene un lápiz?

1) SI + 2) SI + 3) SI + 4) SI = Es El Zorro (Hay que atraparlo).

Aquel pintor falló en la segunda pregunta, pues los adultos no ven caricaturas. Esto le iba a quedar claro a Yamil después de entrevistar a la señora de los tamales, el señor de los tacos, la señora de la estética, al señor de las películas, etcétera...

Un poco desanimado, se dirige al último lugar: una tienda que vende billetes de lotería y quinielas, pensando que no hay mejor lugar para encontrar al Zorro.

Una vez que entró a la tienda, pudo ver a un anciano de 75 años sentado resolviendo un crucigrama con la calma de una persona a la que le quedan otros 75 años más de vida.

Aquel anciano compraba cada año el libro "CRUCIGRAMAS 2024", un compendio que reunía los mejores crucigramas planteados por matemáticos, físicos, historiadores, filósofos, químicos, biólogos, abogados, doctores, etcétera... Cada crucigrama era una síntesis de todos los saberes y resolver uno era toda una odisea.

—¡Buenos días! —dijo Yamil, recargando su libreta en el mostrador—. Lo tengo que interrogar sobre un hecho que pasó en la Isla Cuale.

—Adelante —dijo el anciano, mirando el crucigrama.

—La suma de los primeros cien números naturales, ¿qué resultado da?

—Fácil: 5050.

—¿Es el Zorro su personaje favorito de la *Pandilla Simbólica*?

—Sí.

Al escuchar las respuestas del anciano, Yamil se quedó asombrado, pero aún seguía crédulo, pues no creía que un anciano pueda bajar escalones o pasar por el puente colgante sin que se fracture la columna. Pero siguió con el interrogatorio:

—¿Conoce a Isabel? Es una chica de 13 años que usa lentes, es un poco seria y tiene fobia a las cámaras.

—No, pero comparto la fobia por las cámaras y celulares.

—Pues no es el Zorro que busco —dijo Yamil, cerrando la libreta—. Muchas gracias por contestar.

Antes de irse, el anciano lo vuelve a llamar, pues aun con todo su conocimiento no pudo hilar qué tenía que ver una sumatoria, una caricatura y una chica de 13 años. Aquello lo intrigó tanto como el

crucigrama, por lo que Yamil, dispuesto, le contó lo que venía sucediendo, omitiendo lo de Babil y otras cosas que nadie más tiene que saber.

—¡Ahora lo entiendo todo, joven detective! —dijo el anciano, cerrando su libro de crucigramas—. El Zorro que busca está en peligro de extinción.

—No lo entiende, es una persona, no un animal, por lo que no está en peligro —dijo Yamil con la seguridad de haber devorado incontables documentales—. Y no estoy para más bromas —añadió con tono serio.

—Déjeme que le explique —dijo el anciano mientras se ajustaba los lentes—. La persona que busca mira donde otros no deciden mirar, camina por donde otros no deciden caminar y, lo más importante, aún no ha sido domesticada.

—Eso ya lo veremos —respondió Yamil con tono desafiante.

—Bueno, si consigues dar con el Zorro, puedes venir a mi tienda con tus demás amigos —dijo el anciano, mientras se paraba y se acercaba al mostrador—. Con gusto puedo ayudarles con algo de dinero y conocidos que harán que su plan llegue a toda la ciudad.

—Está bien, acepto el reto —respondió Yamil, mirando fijamente al anciano.

—Entonces, tenemos un trato —dijo el anciano, extendiéndole la mano a Yamil.

—Tenemos un trato —respondió Yamil, estrechándole la mano al anciano.

—Antes que te vayas, se te olvidó lo más importante —dijo el anciano sonriente, posando las dos manos en el mostrador—. Preguntarme mi nombre, el cual es Bili. ¿Y el tuyo, cuál es?

—Yamil, un gusto conocerlo —respondió Yamil, mientras miraba sonriente a Bili.

Los interrogatorios habían terminado, y las respuestas de Bili dejaron a los detectives intrigados por aquel anciano que abandonó la sociedad para refugiarse en los números de la lotería y las letras de los crucigramas.

Por su parte, Elena estaba sola en su habitación afinando los últimos detalles del documental. En el siglo XXI, la inteligencia artificial ha reducido tareas complejas a simples órdenes o clics en la pantalla; por eso, en una sola tarde ya tenía la primera parte terminada y lista para distribuirla en las distintas redes con sus cuentas secretas, asegurándose de que Isabel no diera con él.

El resto del día transcurrió con cierta normalidad. Era uno de esos días en los que todas las personas tienen cosas que hacer y nadie se interrumpe, por lo que el único que aún se encontraba en la calle era Yamil, pensando en quién era el Zorro.

Como era de esperarse, Elena no pudo irse a dormir sin antes revisar las métricas del documental. Decidió echar un vistazo a las vistas, los "me gusta" y los comentarios, pero apenas habían juntado treinta visualizaciones entre todas las redes y aún no había generado ningún comentario ni reacción.

Sabía que, si quería llegar a más personas, tendría que publicarlo con su perfil principal, lo que dejaba a Elena en un dilema: decidir entre la amistad o la visibilidad.

El sonido del camión de los helados anunciaba el nuevo día y había reunido a los dos amigos.

—Ya sé cómo atrapar al Zorro —dijo Yamil—. Nadie resuelve una segunda cinta sin recibir recompensa alguna, por lo que añadiremos una recompensa de veinte pesos.

—¿Una recompensa falsa? —dijo José entre risas—. Nadie jamás pagaría a alguien por resolver un problema de matemáticas.

—Sí, obviamente —contestó Yamil—. No pensaba darle dinero a ese zorro.

Una vez que los cuatro amigos estaban reunidos, Yamil le pidió ayuda a Isabel con la suma de los primeros n cuadrados, pues creía que el zorro no podría resolver la suma de los primeros n cubos.

—Listo —dijo Yamil, pegando la cinta—. Si ese Zorro decide volver a pasear por aquí, lo atraparemos. ¿Quién no quisiera ganarse veinte pesos?

—Tienes razón —dijo Elena—. El dinero se usa para todo. Nadie puede vivir sin dinero.

—Yo podría vivir seis semanas sin alimentos —respondió Yamil—, solo bebiendo el agua del Río Cuale. Y no lo sé por los documentales, sino porque ya lo he hecho —añadió mientras miraba el río desde el puente.

Aquella aseveración de Yamil provocó una risa en el grupo, y hasta Elena no pudo contenerse.

—Bueno —dijo Yamil con tono serio—, quizás haya bebido agua natural, pero lo importante es que hay un zorro suelto por la ciudad que puede arruinar nuestro plan.

Después de que pasaran algunas horas, solo quedaba Yamil en el puente de las escaleras, al que había decidido bautizar con el nombre de "Puente Babil", pues en él se había dado la primera aparición de Babil y, también, por puro aburrimiento.

En el Puente Babil aún no había pasado nada interesante, pues las cintas se camuflaban con la blancura del barandal. Por eso, locales o turistas decidían mirar hacia el río, la isla o el mismo puente; una caída por esa escalera no le gustaría a nadie.

Las dos amigas habían llegado a la calle del puente.

—¡Yamil! —gritó Elena—. ¡Ten! —añadió mientras lanzaba una paleta de elote.

—Gracias —respondió Yamil.

Los tres amigos pasaron el tiempo platicando y aún no había rastros del Zorro.

Pero, de repente, un niño interrumpió la plática haciendo sonar su palo metálico contra el barandal donde se ubicaba la cinta. Las miradas del grupo se atrajeron hacia él y se detuvieron justo en ella.

—No creo que sea él —dijo Yamil—. Es muy pequeño.

El niño siguió su paso haciendo sonar su palo.

—¿Por qué no miras la cinta? —dijo Isabel—. Quizás la rasgó con el palo.

Yamil se levantó, aún aturdido por aquel ruido monótono del niño, al que odiaba más que al Zorro en aquel momento.

—¡Es él! —exclamó Yamil con emoción.

La cacería del Zorro había comenzado. Yamil apresuró el paso, pero el niño miró atrás y corrió lo más rápido que pudo, perdiéndose entre la vegetación de la Isla Cuale.

El cazador llegó a un punto crucial de la Isla Cuale donde el camino se bifurcaba hacia el Malecón o hacia la calle. Decidió seguir sus instintos y optó por el corredor con dirección al Malecón, pero tan pronto salió al puente, la multitud de personas le hizo perder por completo al pequeño Zorro.

—Esta vez tú ganas, Zorro —dijo Yamil, recargándose en el barandal—, pero pronto te encontraré —añadió mirando al mar.

Capítulo VII
Interpretes del corazón

Habían pasado dos días desde aquel encuentro con el Zorro en Puente Babil, dos días en los que Yamil se lamentaba no haber corrido más rápido o haber tomado el camino incorrecto.

Isabel había citado a su equipo secreto en la Isla Cuale, el cual creó exclusivamente para hacerle una broma a Yamil. La broma había salido exitosamente, pues lo sucedido en Puente Babil estaba planeado.

—Todo ha salido a la perfección —dijo Isabel—. Solo queda ver la reacción de Yamil al enterarse de que Brail no es el Zorro —añadió entre risas.

—Sí —respondió Brail, que parecía estar hipnotizado por la voz de Isabel.

—Te esconderás detrás de este árbol —dijo Isabel, señalando el tronco—. Ya puedes llamar a Yamil —añadió tocando a Elena en el brazo.

Elena obedeció a Isabel sin oponer resistencia, pues pensaba que era un momento que merecía ser grabado. Además, ¿quién podría enojarse con el pequeño Brail?

—Tienes que venir rápido —dijo Elena—. Alguien ha colocado en la isla problemas que ni Isabel puede resolver.

—Está bien, iré —respondió Yamil con tono serio, pues aún estaba con el ánimo bajo.

Cuando los dos amigos estaban por llegar al Puente Babil, Yamil volvió a pensar en aquella persecución. Sin dudarlo, decidió mirar el lugar donde se encontraba su cinta, pero ya no estaba.

—¿Dónde están las cintas? —preguntó Yamil.

—Detrás de ese árbol —respondió Isabel, señalando el tronco.

—¡HOLA! —gritó Brail, saltando hacia el grupo.

—¡Pero si es el Zorro! —exclamó Yamil, sujetando del hombro a Brail.

—No, él se llama Brail —dijo Isabel— y nos ayudó a hacerte la broma del otro día.

Aquella escena desconcertó tanto a Yamil que no hizo más que tirarse en la banca, tratando de atar cabos.

—Entonces, ¿quién solucionó tu cinta? —preguntó Yamil.

—No sé —respondió Isabel—. Al parecer, el Zorro existe, pero dudo que vuelva a perder el tiempo en nuestras cintas.

—Bueno —dijo Yamil con tono serio—, aún hay un Zorro suelto en la ciudad —añadió, parandose en la banca y mirando hacia el corredor.

—¿Y si vamos a la tienda de la señorita Olga mejor? —preguntó Elena.

Al unísono, el grupo respondió con un rotundo sí.

El paso de los minutos hizo que Brail se desenvolviera mejor con el grupo, hasta terminar jugando un duelo de cintas contra Yamil. Cada uno le propuso al otro tres sumatorias.

—¡Terminé la tercera cinta! —exclamó Yamil con emoción—. Bien jugado, pequeñín.

Brail, con los brazos cruzados, aceptó la inminente derrota, pues Yamil había puesto sumatorias complicadas que contrastaban con las de Brail, las cuales eran variantes de la suma de los primeros n números naturales.

Elena se puso de pie y se posicionó delante del grupo mientras buscaba un buen gif.

—Creo que sé cómo atrapar al Zorro —dijo Elena—. Si a la cinta de Isabel le falta un pedazo, él lo debe de tener. Así nos aseguramos de estar frente al Zorro verdadero —añadió mostrando un gif de un zorro siendo atrapado en una caja.

—Buena idea —dijo Isabel—, si aún tuviera la cinta, pero ya no la tengo.

—Eso lo diría el Zorro —confrontó Yamil a Isabel—. Desde un principio sospeché de ti —añadió señalándola.

—Piensa lo que quieras —respondió Isabel—. No hicimos las cintas para jugar a los detectives.

Un trozo de madera interrumpió la discusión al impactar cerca del grupo, haciendo que pequeños fragmentos inofensivos les rozaran.

—Otra broma de mal gusto —dijo Yamil, pateando lo que quedaba del trozo de madera.

Otros seis trozos de madera volvieron a impactar cerca, lo que provocó que el grupo saliera corriendo hacia el otro lado de la calle para tratar de ver qué causaba aquella extraña lluvia de madera.

—No puedo ver nada —dijo Elena, tratando de vislumbrar algo en el cielo.

—¡Más trozos de madera! —gritó Yamil—. ¡Rápido, a la banqueta!

El grupo pudo llegar a la banqueta, que tenía un techo alto que los protegía de la lluvia de madera, la cual parecía haber terminado.

Mientras recuperaban el aliento, trataban de encontrar una explicación a la extraña lluvia, pero era un suceso tan raro que no hallaron razonamiento lógico alguno.

—Me rindo —dijo Yamil—. Nunca he visto algo así, ni en los documentales.

—Yo tampoco —reafirmó Brail—. Preferiría que cayeran monedas en vez de madera. Eso sí que sería genial —añadió entre risas.

—Yo preferiría conejos —dijo una voz proveniente del tejado de la casa, justo cuando dejaba caer el último trozo de madera.

—¿Babil? —preguntó Yamil, dirigiéndose hacia la calle.

—Ese soy, muchacho —respondió Babil—. El único búho parlante de Puerto Vallarta… ¡y del mundo! —añadió mientras volaba hacia el matapalos.

—No fue nada gracioso —reprochó Elena a Babil, arrojando el trozo de madera hacia el matapalos.

—¿Qué pájaro es ese? Nunca lo he visto —preguntó Brail.

—Es un búho —respondió Yamil—. Se llama Babil y puede hablar con nosotros.

—No creo. Los animales no hablan —refutó Brail.

—Este sí —respondió Yamil—. Ahorita verás cómo habla mejor que cualquier loro.

El grupo se acercó al matapalos, pero las chicas decidieron no acercarse mucho, no vaya a ser que tuviera más trozos de madera para arrojar.

—Demuéstrale a nuestro amigo que puedes hablar —dijo Yamil, sujetando los hombros a Brail.

—El corazón tiene razones que la razón no entiende —respondió Babil, preparando las alas para volar a su hogar.

—¿Ves? Sí habla —dijo Yamil mirando a Brail.

—Pero si no dijo nada —respondió Brail mirando a Babil—. Solo movió las alas, como cualquier pájaro.

—Habla de nuevo, Babil —dijo Yamil—. Creo que sé cómo hacer que Brail te escuche —añadió mientras colocaba una mano en la cabeza de Brail y la otra en su propia frente.

Babil no hizo caso y, en cuanto pudo, emprendió el vuelo hacia su hogar, sacudiendo el matapalos.

—Seguro me están haciendo una broma —dijo Brail, quitándose la mano de Yamil—. Los únicos animales que hablan son los de las caricaturas —añadió, marchándose.

—Qué raro —susurró Isabel—. La persona que más necesita a Babil no lo escucha —añadió, soltando un soplo de lástima.

—Pero nosotros sí lo escuchamos —dijo Elena mirando a Isabel—. Y Brail nos escucha a nosotros, así que podemos hacer que Brail también hable con Babil.

—Aunque pasa días desaparecido —respondió Isabel—. En todo caso, nosotras tendríamos que hablar la mayor parte del tiempo con Brail.

En el Puente Babil se podía ver a Yamil tratando de convencer a Brail de que no era una broma, y de que Babil sí podía hablar.

—¿En serio ese búho puede hablar? —dijo Yamil, parando a Brail sujetándolo del hombro.

—Tengo mejores cosas que hacer —respondió Brail, quitándose la mano de Yamil con un movimiento brusco.

—Nadie tiene algo más interesante que hacer —refutó Yamil— cuando puedes hablar con un búho.

—Tengo que vender fierro viejo —refutó Brail—, y eso al menos me da dinero, que me sirve más que hablar con un búho —añadió mientras aceleraba el paso.

—Déjame acompañarte —dijo Yamil, igualando el paso de Brail.

El cazador y el zorro siguieron caminando con dirección a la casa de Brail.

Brail se detuvo frente a una especie de colina de concreto cubierta por la vegetación para proceder a subirla.

—¿A dónde vas? —preguntó Yamil, desconcertado por tal lugar. ¿Acaso había vuelto loco a Brail, que se había convertido en un animal salvaje escapando entre la vegetación?

Sin responder, Brail, a los dos minutos, salió de una pequeña cueva de concreto con unos palos de metal, bajando de ella como un alpinista.

—Voy a venderlos —dijo Brail, caminando hacia el centro de la ciudad, donde se encontraba el lugar en el que compran chatarra.

—Bien, te acompaño —dijo Yamil—. Además, me queda cerca la tienda.

En el otro lado de la ciudad se encontraba Elena editando un nuevo video, combinando las grabaciones antiguas con las nuevas.

—Ahora sí —dijo Elena, tras probar mil y un efectos de edición—. Solo queda subirlo y esperar a que alguien le salga en su FYP.

Como por arte de magia, esta vez Elena iba a tener más suerte y el algoritmo iba a hacer de las suyas, recomendando el video a millares de personas que, conmovidos por la forma en que se grabó —mostrando la espontaneidad de los adolescentes y su parecido con las grabaciones dentro de la cultura del grafiti—, no dudaron en compartirlo.

Aquel celular no hizo más que bombardear la habitación con sonidos de notificaciones, a lo que Elena, sin dudarlo, se lanzó sobre la cama, agarrando rápido el celular para abrir YouTube, la única red donde el algoritmo la favoreció. Entre los cientos de comentarios se podían leer los siguientes:

—Estos son los jóvenes que tenemos que hacer virales.
—Por fin, niños sin celular.
—Aún tengo fe en la humanidad gracias a estos pequeñines.
—Los herederos del graffiti.
—Un par de niños ya hicieron más que el infame de Banksy.
—Fan del Zorro.

—¡Por fin! —exclamó Elena de felicidad, apretando con fuerza el celular y dando brincos por la habitación.

La tarde transcurrió con Elena dándole "Me gusta" a todos los comentarios, e Yamil y Brail pasando el rato hablando sobre la *Pandilla Simbólica* afuera de la tienda.

Capítulo VIII
Editorial Babil

El noticiero de la mañana anunciaba el nuevo día en la casa de Isabel, la cual había citado a Elena para contarle su nuevo plan.

Una vez que Elena se encontraba en la habitación de Isabel, esta sacó un cuaderno de entre su almohada.

—Mira —dijo Isabel, dándole el cuaderno—, en esto he estado trabajando, ¿qué te parece?

—El mundo de los números —dijo Elena, acariciando la espiral de la portada—. Qué linda, me recuerda a aquella espiral que trajo al pájaro marrón.

—Ya guardé esa libreta —dijo Isabel—, no vaya a ser que salgan más criaturas raras.

—Así hasta yo aprendo matemáticas —dijo Elena, tirándose en la cama y mirando los dibujos que acompañaban a los problemas matemáticos.

—Esa es la idea —dijo Isabel, tirándose en la cama—. Mira, a ese Babil le hice una sección, como en los libros de texto de la escuela —añadió, señalando un cuadro de texto marrón con un búho en la esquina.

—Pero aún no sé qué títulos poner —dijo Isabel, señalando el espacio en blanco superior de la hoja.

—Yamil es el indicado —respondió Elena—. Seguro, entre tantas cosas raras que ha visto, se le ocurre algo.

Con el nuevo plan, las dos amigas citaron al resto del grupo en la Isla Cuale.

—Entonces, ¿qué títulos proponen? —dijo Elena, mostrando el cuaderno para la suma de cubos.

—Fácil —dijo Yamil—. El título tiene que ser "La conferencia".

—¿Por qué ese título? —preguntó Elena.

—No sé —respondió Yamil—. Es lo primero que se me vino a la cabeza.

—Yo propongo —dijo Isabel— "Ciudad cartón", dado que son cubos como las cajas.

—Bueno, haremos dos filas —dijo Elena, señalando con ambas manos el suelo—. Aquí se colocará Yamil y aquí Isabel, y para votar por el mejor título solo se ponen atrás.

Como era de esperarse, José se posicionó atrás de Yamil y Brail se posicionó atrás de Isabel, dejando a Elena en una situación complicada.

—Pues, mmmm… —dijo Elena, cubriéndose con el cuaderno, dudando de la respuesta—. Bueno, creo que eso cuenta como un voto a favor —añadió entre risas al ver a Babil detrás de José mientras bajaba el cuaderno.

Continuara...